



LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º • Apartado 547.

Horas: de nueve mañana á una tarde



SUMARIO

- CESAR JALON**
Sección vermouth.
- LEOPOLDO CASTROJERIZ**
Cuentos viejos contados por un mozo.
- LUIS SANZ FERRER**
Remordimientos.
- ADOLFO SANCHEZ CARRERE**
¡Señor Alcalde Mayor!...
- J. RICHEPIN**
La patrona.
- MANUEL J. GARRIDO**
Los ojos azules.
- SALVADOR VALVERDE**
Soneto galante.
- CONDE TIRO GABIRO**
«El cantar de los cantares.»
- GONZALEZ DE ZAVALA**
Invitación al baile.
- TINO, MATEOS, NAO, FAEL
RVBIO y BETICO.**
Varios dibujos y retrato de «Celinda».

CARAS BONITAS



«CELINDA»

Hermosa mujer y una bailarina de cuerpo entero, aunque aquí la presentemos de medio cuerpo para despistar. Sus éxitos en el «Chantecler» han vuelto loco á un novillero que si dijésemos quién es, parecería un «colmo»

5 céntimos



Crónicas serias: Yo, padrino.

Si una vez cumplida la disposición municipal de llevar la derecha por la calle—que se deja de cumplir más de una vez por la calle y fuera de la calle—abundasen las mujeres bonitas ó, cuando menos, agraciadas, en la proporción que los desafíos, se confirmaría de hecho la frase aquella «de Madrid al Cielo», ó siquiera al

DESPUÉS DEL BANDO



—Con mujeres como usted no hay más remedio que faltar á lo del precepto y cumplir lo de llevar la derecha por orden del alcalde...

Purgatorio, que, según creo, es una antecámara de espera de tercera clase para entrar en el reino eterno.

Antes, los lances de honor (que ahora son simplemente lances á la verónica) concertados á espaldas de la Justicia en durísimas condiciones, y, sobre todo, con la más absoluta reserva, constituían un serio acontecimiento, algo así como una grave enfermedad próxima á hacer crisis, no se supiese en qué sentido, y que ponía á los contendientes en trance de arreglar su testamento si, por acaso, disponía de bienes terrenales.

Por supuesto, que el noventa por ciento de los caballeros que ahora frecuentan el campo del honor no necesitarían de ningún modo hacer testamento, ya que no tienen donde caerse muertos; pero tampoco corren el riesgo de caerse muertos (ni siquiera el de caer heridos), como no sea de una palmonía, para lo que, dicho sea de paso, suelen tomar precauciones, pues no hace mucho que se celebró un lance á espada francesa envolviéndose los esgrimidores en sendos abrigos de pieles (¡...!).

Pues en lo tocante á la reserva con que se realizan las gestiones para los lances modernos, ni que decir tiene que el público y las autoridades saben el sitio y hora y hasta la designación de padrinos mucho antes que los propios adversarios. Bien es verdad que, dada la abundancia de semejantes espectáculos, casi siempre tienen que andar los pundonorosos caballeros corriendo la caravana de café en café de círculo en círculo, á la busca y captura de alguien que quiera pasar un rato divertido en calidad de padrino suyo.

Y así tenemos una docena de lances cada día; y así tenemos que los jueces de campo clasificados en un escrupuloso y correcto escalafón suman un

mero superior al de los jueces de primera y aun de última instancia.

Todo ello sin que las familias de los duelistas salgan, con lágrimas en los ojos, á despedir al acompañamiento del duelo, y sin que el aumento creciente de cuestiones personales correspondan, ni muchísimo menos, á otro aumento de camas en los hospitales, ni de personal en el Depósito de Cadáveres.



Pero no hay mal que con bien no venga, y este mal—muy poco mal, ciertamente—de los desafíos es originario de un bien incalculable.

Sí, porque antes, á menos que la Historia se equipare en la mentira á cualquier telegrama taurino-fenomenal contemporáneo; antes, decía, la grave ofensa de divagar sobre los usos y costumbres de madres, hijas ó hermanas, ó la también grave ofensa de poner en entredicho—con pruebas ó sin ellas—la honorabilidad de una esposa, exigían una inmediata reparación en el campo de... «Agramante», al que iban dos adversarios, para volver no mas que uno...

Ahora, en cambio, pueden echarse impunemente á volar especies de todo género, ó todo género de especies, porque con molestar á dos ó tres amigos y tirar unos tiros al aire—si se tiran—, la ofensa ha quedado honrosamente ventilada; sobre todo ventilada, ya que se ha tirado al aire...

Fulano—pensamos ó piensan los duelistas—me daría cartel en un duelo. Pues manos á la obra, ó á la palabra:

«Muy señor mío: Anoche no me cedió usted la acera; y como el honor está por encima de todos los bandos, tengo el gusto de participarle que es usted un tal y un cual...

A sus órdenes,—Fulano.»

Antes de las veinticuatro horas subsiguientes comienza el cabildeo, y después de las veinticuatro horas todo el mundo en su casa.

Y tan ricamente. Los diarios se han ocupado del asunto, uniendo el nombre del ofensor con el del ofendido... y hecho el juego.



Esto no quiere decir que la mayoría de esa mayoría de cuestiones tengan por pretexto unas faldas, que al fin sería menos prosaica la comedia.

No: casi siempre anda en danza el dinero. Dos perras gordas. Y lo que ellos dicen: «¡Va uno á matarse por

DE «COMPRAS»



Betico

—Pero tú no vas á poder venir cargado con todo eso.

—¿Que no? Y cuando llegue á su casa, soy capaz de echarme encima algo más...

dos perras gordas, con lo cara que está la vida!»

También hay quien se bate sin más objeto que el de pasar el rato. Ahí está Prudencio Iglesias. En una semana ha mandado los padrinos á cinco ciudadanos. Sin embargo, á mí me ha jurado solemnemente que el único desafío serio es el desafío á pedradas.



En fin, de algo se ha de hablar; y yo, para no desdeñar de mi época, me pongo á disposición de las gentes ofreciéndome en calidad de padrino por precio muy moderado.

Búsquenme en LA HOJA DE PARRA, y si es á altas horas de la noche, llamen al sereno, que ya está advertido á este respecto.

CÉSAR JALÓN.

Cuentos viejos contados por un mozo

CONSECUENCIAS DE «LA ÚLTIMA»

A la monocupletanguista «Chelito».

NADA; por más que «los morenos» batieron repetidas palmas, se obstinó la bella Candente en no repetir ningún número; se apagaron las luces de la batería, y, remolo-

EL «BOTONES»



—¡Ah! Muy bien. Pero pase usted á mi habitación, y así me probaré el vestido con «botones» y todo.

nes, empezaron á salir los espectadores tarareando el último «couplet», aquel «couplet» del excitante estribillo «Bésemelo usted aquí», que la Candente accionaba con espasmos de hembra en celo y que el público, excitado en sus más bajos instintos, coreaba con besos-mordiscos dados al aire.

Felipín Cascacs salió ebrio de lujuria del teatrillo de «varietés». ¡Qué mujeres!... ¡Qué ojazos!... ¡Qué cuerpos!... Sobre todo, ¡qué «caderamen»!... ¡Y aquel movimiento de rotación que imprimían al vientre! ¡Y aquel escandaloso danzar de los senos bajo la leve gasa que mal las encubría el pecho!...

—Y ahora —monologueaba Felipín calle de Alcalá abajo—, ¡váyase usted á la cama! ¡Maldita sea!...

Mariposeando por entre las mesas de la «Maison Doré» y «Lion d'Or», y lanzando provocativas miradas á los de «La Peña», ambulaba buen número de «cocottes» de alto bordo, dejando á su paso una estela de perfumes caros que traían á la memoria el recuerdo de pecadoras alcobas y nada castos lechos.

Felipín desnudaba á aquellas mujeres mentalmente, y cuando veía que alguna de ellas se alejaba del brazo de un hombre, una rabia envidiosa invadía todo su ser, prorrumpiendo en dicterios y blasfemias contra el Sino, que le impedía proporcionar á su cuerpo el placer que anhelaba.

Cuando menos lo esperaba, se encontró en la esquina del Banco. ¡Adónde ir! ¡A sepultarse bajo las sábanas del catre de la casa de huéspedes! ¡Tiempo tendría para ello, desgraciadamente! Y como la plácidez de la noche convidaba al paseo, Felipín Cascacs echó por el Prado abajo, con dirección al Botánico...

✻

Juanita salió con un humor de perros del taller. ¡Vamos! ¡Eso de que se le ocurriera á la «maestra velar un día sí y otro... también! No era ella mujer para estar desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche, aguja en mano, cosiendo trajes para otras. ¡Ella, que, gracias á

su palmito y poca vergüenza, tenía cuanto quisiera apetecer!... Solamente á su viejo se le ocurrían aquellas cosas... ¡Que trabajara! ¡Para qué! ¡No trabajaba para él! Y él decía que había que cubrir las apariencias... ¡Las apariencias! ¡Bah!

En fin, quien paga, paga y manda.

AL REVÉS...



—Me consuelo saber que siempre que te pongas esa sortija pensarás en mí.
—Al contrario, chico: siempre que pienso en ti, me acuerdo de la sortija.

y hay que obedecer. Pero iba á tener que buscar un obrador más cerca de su casa, porque desde la calle de las Urosas á su cuartito, en Chamberí, había un rato largo... ¡Y aquella longaniza del Prado!... ¡Si no se acababa nunca!...

El señor Manolo tomó asiento en un rústico banco, dejó el chuzo y el farol arrimado al próximo árbol, y se enfrescó en la problemática operación de hacer un pitillo entre sus manazas callosas.

—¡Ea! ¡Ya está! Lo encenderé en el farol... ¡Ahhh!... ¡No hay nada como el tabaco!... ¡Eh? ¡Qué es esto? ¡Sueño? No, no; yo debo vigilar; claro, que esta parte del Prado es muy tranquila; pero... claro, siempre hay que estar alerta por si acaso... Eso...: yo vigilaré por si acaso... aunque... claro... sí, señor..., vigilaré... por... sí... acaso... sí...

Y el señor Manolo quedó sumido en el más profundo sueño.

Un tanto recelosa iba Juanita por el Prado, desde que observó que un hombre la seguía. ¡Sería un ladrón, ó solamente un sinvergüenza que la habría tomado por una de «esas»!

El hombre, en quien nuestros lectores, que son muy listos, habrán adivinado á Felipín Cascaes, redobló el paso y se colocó junto á Juanita.

—Oiga, joven...

—¡Eh?—exclamó Juanita apretando instintivamente el portamonedas.

—No se asuste, niña. Hace un rato que vengo detrás de usted, y quería cerciorarme si ese balanceo de caderas es natural ó producido por un resorte.

—Si se empeña usted en buscarme resortes, se va á encontrar con que tengo uno en la mano derecha que hace «pupa».

—¡Qué miedo! ¡Y cómo va usted tan sola?

—Porque prefiero ir así á llevar á mi lado sabandijas como usted. ¡Largo!

—Es que yo soy un hombre galante que no puede permitir...

—No quiero galanteadores por estas obscuridades...

Y era verdad: la Luna se había ocul-

A LA «COMI»



—A nosotras sí que nos llevan por no hacer nada. ¡Nos hemos pasado toda la noche en la calle!

tado hacía rato tras de un espeso nubarrón, y las débiles luces de los faroles, colocados muy de trecho en trecho, no eran suficientes para alumbrar el paseo.

—Niña, ¿usted sabe cómo estoy yo?

—De pie y andando.

—Mire usted, joven, yo soy capaz de...

—¿De qué, vamos á...?

No pudo acabar la frase; un violento empujón la derribó sobre un macizo, y mientras que una mano la tapaba la boca...

El señor Manolo empezó á oír entre sueños una voz estentórea que gri-

taba: ¡Serenos! ¡Serenosoo!... Y el señor Manolo no hizo caso. Pero volvió la voz á gritar: ¡Serenosoo! ¡Sereee... no! ¡Le llamaban á él? ¡Quia! Aquello debía ser por la Carrera... Aunque, no... ¡Ya vuelve á empezar! ¡Sereee... nooo! ¡Sereee... nooo! ¡Sereee... niito! ¡Oiga! ¡Vaya un guasón! Emplear un diminutivo para llamar al sereno... Y cada vez más tenue se oía: ¡Se... re... no! ¡Se... re... no! ¡Se... re... ni... to! ¡Ay!... Esto último fué un suspiro muy profundo, que hizo saltar del banco al señor Manolo, requerir el chuzo y el farol y encaminarse al lugar de donde parecía que provenían los gritos. ¿Se estaría cometiendo un crimen? ¿Por qué se habría dormido? Buena la había hecho!

Cuando llegó al sitio de donde calculaba que debían haber partido los gritos y el suspiro, sólo vió á dos sombras que se alejaban, muy juntitas, con vacilante andar, y que uno de los macizos parecía pisoteado.

—¡Valiente susto!—refunfuó el señor Manolo—. Algún perro que se ha revolcado en el verde y algún vecino de la Carrera que llamaba al sereno... ¡Bah! ¡Esto es lo que trae el dormirse!... ¡No me volverá á ocurrir!

La Luna, calculando cual discreta Celestina que ya no importaba su presencia, volvió á asomar su cara socarrona, contraída por una mueca picaresca...

LEOPOLDO CASTROJERIZ.

Remordimientos

Ahí va, ingrata, tu retrato;
ahí va tu retrato, ingrata;
tú eres la que á mí me mata,
aunque soy yo quien me mato.

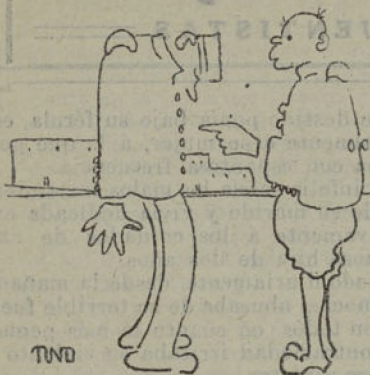
Tal vez luego te arrepientas;
tal vez por mí llores luego;
tal vez en tu pecho sientas
del amor sincero el fuego.

Quizás, postrada de hinojos
ante la pesada losa
que ha de cubrir mis despojos,
me llares tú, temblorosa...

Y, entonces, surgir oirás
de la tumba un ronco acento
que te dirá: «¿Adónde vas?
¡Como salga, te reviento!»

LUIS SANZ FERRER.

DEL CONFLICTO



—Dile á la señorita que tenga cuidado; que el algodón ha sido declarado contrabando de guerra.

¡Señor Alcalde Mayor!...

El bando que hace unos días hubo usted de publicar lo encuentro, señor alcalde, de excesiva crueldad para los pobres varones que tenemos la fatal condición de ser galantes, cosa que en la actualidad solamente puede serlo el que tenga un dineral, para echarles á las hembras un piropo, ó dos lo más. El que se atreva á echar uno, ¡diez duros ha de pegar! ¿No les parece, señores, que es una arbitrariedad hacer pagar eso ahora, cuando se ha subido el pan?

Yo encuentro lógico y justo lo de la mendicidad, pues pedir una limosna no es propio de capital. Pero que por darle aspecto á Madrid de gran ciudad, el tránsito por las calles se trate de regular diciéndonos, en perfecto uso de su autoridad: «¡Hay que llevar la derecha!» sin poderse desahogar con las mujeres, diciéndoles con toda sinceridad la opinión que nos merece este rizo, aquel lunar,

ó cualquier otro atractivo de su encanto personal, me parece una medida rigurosa por de más. Hoy día, si se ve una señora de esas que van haciéndole competencia al «vermouth» más eficaz, pues con su «toilette» nos abren un apetito brutal, hay que meterse la mano en el bolsillo, tentar, y si no está en condiciones porque no tiene el metal bastante para pagarlo, conformarse con mirar y embotellarse el piropo para cualquier concejal.

Señor alcalde mayor, no multe usted, por piedad, á quien requiebre á las damas, porque ellas lo ven muy mal; á varias sobre este asunto las he interrogado ya, y todas á mis preguntas me respondieron igual: que el poner multa tan gorda por eso, es iniquidad, y que al ponerse así, á todos se les debe condonar.

ADOLFO SANCHEZ CARRERE.

PREGUNTA EXCUSADA



—¿Qué hace usted en este sitio t das las noches!
—¿Qué hago? Pues ya lo ve usted, señor guardia..

DEL CERCADO AJENO

LOS GRANDES CUENTISTAS

LA PATRONA

HARÁ una docena de años, á poco de ser abogado del Estado, me encomendaron la defensa de un tal Joaquín Bautier, apodado «El Coloso». Era charlatán de feria, hércules de profesión y patrón de una barraca, donde, según él decía, rendíase fervoroso culto á los juegos olímpicos.

Este moderno gladiador era un amo terrible para los suyos. Brutal y borracho, martirizaba á todos los que un

triste destino ponía bajo su férula, especialmente á su mujer, á la que golpeaba con espantosa frecuencia.

La infeliz sufría los malos tratamientos de su marido y vivía dedicada exclusivamente á los cuidados de una preciosa hija de dos años.

Beodo diariamente, desde la mañana á la noche, abusaba de su terrible fuerza con todos en cuanto la más pequeña contrariedad irritaba su violento y bilioso carácter

Un día que golpeó demasiado brutalmente á los individuos de su compañía, armóse tan monumental escándalo, que acudieron los vecinos. Al ver el hércules á los intrusos, arremetió contra ellos y produjo una tremolina espantosa. Intervinieron los guardias, y los atropelló é insultó sin consideración á su autoridad. A pesar de sus músculos de acero y de su genio irascible, fué por fin maniatado y conducido á la delegación para responder del escándalo, de los palos y de los ataques á la autoridad.

Y el asunto llegó á mis manos cuando se sorteó la causa. Le defendí del mejor modo que pude, alegando que, para absolverle, si no otras razones, había la poderosísima de ser necesaria su presencia para que los suyos no se muriesen de hambre; pero los testigos depusieron contra él tal número de cargos, que el Jurado le condenó á tres meses de cárcel.

Hace dos ó tres semanas, al pasar por una de las calles más céntricas de la población, me saludó un hombre gigantesco llamándome por mi nombre, y con aire de satisfacción preguntóme por mi salud con extraordinaria amabilidad é interés.

No le reconocí, y él, al comprenderlo, se apresuró á indicarme que era mi antiguo cliente Bautier.

Respondí á su afectuoso saludo y le pregunté si continuaba siendo tan borracho y brutal

¡ABAJO EL PIROPO!



—Señorita: como se ha prohibido el piropo, tengo el sentimiento de decirle que estoy dispuesto á pagar su cuenta del hotel.

—Bueno, gracias. Venga usted á liquidar esta noche.

como cuando tuve necesidad de defenderle.

—¡Yo brutal!—replicó—. Me he vuelto pacífico y manso como un cordero... Venga usted un día á verme á mi barraca y se convencerá de lo que le digo. Estoy en la feria del Prado.

De tal modo insistió en que le visitase, que tuve que prometérselo.

—Así conocerá usted á la patrona—añadió.

—¡La patrona! ¿Su mujer acaso?

—¡Ah, no! La pobre murió á poco de mi salida de la cárcel. A la nueva patrona—dijo sonriendo.

No insistí, porque supuse que el hércules se habría casado de nuevo.

Fuime, pues, una tarde á la feria del Prado, donde no tardé en encontrar á mi hombre.

Su barraca resplandecía en un incendio de luces multicolores.

Al lado del órgano, Bautier, apodado «El Coloso», estaba inmóvil. Alrededor de él los equilibristas, los clowns con sus pintorescos trajes y los hércules con sus mallas que hacían resaltar, ciñéndose á la carne, sus plásticos y desarrollados músculos, esperaban que empezase el espectáculo.

Subí la escalera que conducía al tablado donde se hallaba Bautier, y éste, al verme, se precipitó hacia mí y me estrechó afectuosamente las manos, diciéndome con alegre acento:

—Soy muy dichoso al verle á usted por aquí; suba, suba, que voy á presentarle á la patrona.

Me dejó conducir dócilmente. Bautier me llevó hasta la caja, donde cobraba las entradas al público y repartía los billetes una niña de diez á once años.

—Un momento, espera un momento, padre—dijo la pequeña al verle—. Ahora estoy muy ocupada.

—No la interrumpamos. Siéntese usted aquí un momento—me dijo Bautier ofreciéndome una silla.

La representación dió principio á poco. Al lado de la niña y detrás de la cortina de la caja, sobre una especie de trampolín que dominaba la sala de espectáculos, asistí á la función.

Cuando ésta concluyó, la pequeña, acercándose á mí, dijo:

—Ya que usted nos ha hecho el honor de visitarnos y estoy contenta del trabajo de todos, hago unas botellas de cerveza. Usted hágame el obsequio de tomar lo que quiera.

—Vamos, pronto, despachad todos—añadió dirigiéndose á los individuos de la compañía y á su padre, que la escuchaban atentamente.

Bautier me dijo al oído:

—¡Todo va bien! La patrona está contenta.

Yo le pregunté:—¿Es hija de usted?

—Sí. Ella es la que me ha transfor-

POSITIVISMO



—¡Muchacha, que puyo más rico!

—¡Ya y! No, é q' é gusto le sacáis á eso, ¡Si siquiera, fuese dulce!

mado. Cuando murió mi pobre mujer y me encontré delante de esta gatita de dos años, comprendí que hasta entonces me había conducido como un idiota. No sé lo que pasó por mí; pero... no he vuelto á beber ni á ser brutal... por ella... Además, ¡es tan razonable é inteligente mi pequeña!... Desde muy chiquita comenzó á dirigir la barraca, á mí y á mis camaradas... Ella es aquí la patrona, el ama... y ya lo ve

usted: todo está en orden, nuestros negocios prosperan y todo el mundo vive bien y contento...; es decir, yo más que todos. Ella atiende á todo, dirige las instalaciones, combina y prepara los espectáculos, cobra y paga á la compañía y guarda el dinero que sobra. Soy dichoso, completamente feliz.

Habíamos llegado á una cervecería próxima, donde saludaron en seguida afectuosamente á la pequeña.

—Buenas noches, pequeña Bautista.

—¡Ve usted!—exclamó orgulloso el padre—. Nadie conoce sino á ella. Aquí es donde acostumbran á reunirse los camaradas, y cuando se entretienen demasiado ella viene á buscarlos...

La patrona nos obsequió con salchichón, pastas y cerveza y me colocó al lado suyo.

Quise pagar y se enfadó.

—¡Oh, no; eso no! ¡Cómo se entiende!...—Entonces la supliqué que me permitiese obsequiarla á mi vez.

—Eso podría traer malas consecuencias—me respondió sonriéndose: tal vez se achispasen papá y los socios...

Yo insistí, añadiendo:

—Una vez no hace costumbre.

—¡Cómo se ve que usted no los conoce! Cuando se emborrachan no es una vez sola, y luego no me obedecen ni hacen caso.

Comprendí que tenía razón, y como ya era tarde, me despedí para retirarme. La pequeña ama de aquella compañía de hércules y de payasos me invitó para que fuese á comer en su compañía, cuando quisiera, ofreciéndome hacer de cocinera en mi obsequio.

Se alejaron todos hacia la barraca del Prado después de saludarme. Yo los vi desaparecer entre las sombras de la noche. La pequeña, en medio de aquellos dóciles hércules, me pareció una pastora conduciendo un rebaño de toros.

J. RICHPIN.

DOBLE «COLADURA»



EL DE ESTA PUNTA. —¡Vaya una mujer! Mientras el otro le pide su mano, me la está dando por detrás...

Los ojos azules

...¿Qué historia! ¿La de ese muchacho pálido y silencioso que siempre está solo, sentado ante una mesita del pequeño café Bohemio? ¿La de ese joven, siempre taciturno, del sombrero negro y los cabellos en desorden? ¿Es muy triste! Pero si es tu gusto, te la contaré.

✻

Samuel amaba en secreto á Lucía. Era un amor tranquilo, confiado, que le hacía vivir con un gran optimismo dentro de su corazón. Se sentía fuerte y animoso cuando, al visitar frecuentemente á la familia de ella, grandes amigos de su padre, Lucía le acogía alegre y sonriente, dentro de la perenne expresión de tristeza de sus apacibles ojos azules. Y cuando reía sus ingeniosas frases, dichas siempre con intención de agrada-la, su alma se llenaba de esperanza y recibía una agradable emoción, como la que deben recibir las flores, que también tienen alma, al bañarlas suavemente el rocío de la mañana.

Un día decidió hablarla de su cariño. A medida que el tiempo pasaba, se creía más seguro de que su voz, al hablarla de aquel sincero amor nacido de una gran simpatía hacia el carácter dulce y algo melancólico de la bella rubita, sería escuchada, más aún, que hallaría eco en la suya, y que juntos entonarían la eterna canción al divino niño Amor. La pidió una cita. Tenía, según la dijo, que hablarla de algo importante, para ser tratado á solas, sin festigos. Ella accedió, después de algunas palabras de extrañeza. Se verían en el Retiro, á la mañana del día siguiente, que era domingo.

✻

Aquella mañana, Samuel se levantó temprano. Se arregló el cabello y la cormata más que de costumbre, se lustró las botas, y media hora antes de la convenida, ya salía de su pobre cas-

tudio de artista bohemio, con el corazón lleno de amorosas ilusiones.

Llegó al Retiro, y como aún era temprano, comenzó á pasear bajo los deshojados árboles del bello parque, pensando siempre en Lucía y en las horas felices que se prometía á su lado cuando sus obras fuesen conocidas del público y su triunfo indiscutible. De antemano soñaba con largos paseos nocturnos, á la luz de la Luna, cuando llegase la Primavera, bella estación que abre las flores á la vida y los corazones al amor. Irían juntos, muy juntos, con las caras tan cerca, como si las palabras de la mujer amada se escuchasen con la boca, bebiéndolas... Alguna vez, una protesta de amor quedaría ahogada por un beso.

Miró el reloj. Eran las diez. A los

DE LA VIDA



- No me hable usted, señor Curro, que no me sale na bien.
 —Y ¡qué! ¿Va á pagarlo to esa desgracié?
 —No, señor: va á pagarlo él; pero con dinero mío.

pocos momentos apareció Lucía por una calle de árboles próxima adonde Samuel se encontraba. Este acudió á su encuentro, y ambos se saludaron afablemente.

—Bien—dijo ella con voz que á Samuel le sonó á divina melodía, entonada por algún oculto coro de serafines—; ya estoy aquí; usted dirá lo que desea.

Entonces empezó Samuel una larga oración amorosa, que ella escuchó emo-

DE LA ALDEA



—¡Qué diferencia, Juanón, entre tus manazas y las de los señoritos de la ciudad!
 —«Pa» lo que hacenos aquí, no las necesitamos tan linas.

cionada. La habló de su pasión, de sus noches pasadas en vela estudiando con entusiasmo, sin desfallecer, aunque algunas veces el alba le sorprendía delante del caballete, siempre animado y pensando en ofrecerla á ella, á «su» Lucía (como interiormente la llamaba), los laureles ganados en la ruda lucha á que se preparaba.

Ahora que presentaba su arte al público necesitaba de ella, para que en los momentos de desilusión le alentara, y con sus palabras de amor le animara á no retroceder, á trabajar sin descanso hasta conseguir el ansiado triunfo, y una vez esto seguro, á gozar juntos una eterna Primavera, todo aromas, todo flores, que serían los besos apasionados de la amada...

Lucía no le dejó terminar. No podía ser. El bello sueño del artista jamás se vería realizado. Todo el castillo de sus ilusiones se derrumbó de un solo golpe sobre su corazón. El, que

la había dedicado una parte de su existencia, se creía con derecho á su cariño, y se equivocaba. Ella sostenía relaciones con un riquísimo comerciante, relaciones impuestas por su padre, que veía en el casamiento de la gentil muchacha la solución del problema que mensualmente se planteaba ante su corta paga de contable.

Inútiles fueron todos los ruegos del enamorado. Ella no desobedecía á su padre. Había mandado que se casara, y se casaría, aun en contra de los mandatos de su corazón. Su decisión era inquebrantable.

Todavía Samuel suplicó un instante, ya sin argumentos, desesperado, como el náufrago que, solo en alta mar, sin apoyo ninguno y batido por las olas, aún hace inútiles esfuerzos por mantenerse á flote.

La acompañó á su casa. Allí, á la puerta, se despidieron. Ella le consoló y le aconsejó que la olvidara, que

buscara en otra mujer el cariño que ella no podía ofrecerle, y que fuera feliz. Imposible. Tan rudo fué el golpe recibido allá, en lo más íntimo de sus sentimientos, que por un momento se quedó apoyado á la pared como herido de muerte, con el corazón hecho pedazos, sin fuerzas, hasta que la vió desaparecer.

❖

A la mañana siguiente se levantó atontado, con la vista extraviada, como loco... No. No podía resignarse. No podía comprender que el amor de la mujer que tan hondamente le había interesado fuese para aquel hombre, á quien él odiaba sin conocer; que as miradas de aquellos ojos azules, serenos como las aguas de un estanque abandonado, fuesen para aquel hombre porque era rico, muy rico... No. Eso era vender su amor, y él no podía consentirlo. Lucía no era una mercenaria.

Sin saber lo que hacía, como un sonámbulo, sacó de la mesita de noche un pequeño revólver niquelado; lo cargó cuidadosamente, se lo echó al bolsillo y se lanzó á la calle.

Frente á la casa de Lucía se metió en un portal, y allí esperó impaciente. Sus sienes ardían, su corazón latía violentamente, y sus manos temblaban, como horrorizado del crimen que había de cometer. Un cuarto de hora duró su impaciencia. Lucía se acercaba del brazo de un hombre. Era grueso, bajo, bien vestido, pero sin elegancia. Un tipo vulgar, con las manos llenas de sortijas. Marchaba al lado de ella orgulloso, satisfecho de que la gente le mirara, sonriendo, con la insolente sonrisa del adinerado. Una nube roja cegó la vista de Samuel. Salió del portal y se dirigió hacia el grupo. Su mano derecha, dentro del bolsillo del gabán, atanzaba el pequeño revólver.

Cuando ya estaba casi frente á Lucía y su acompañante, su mirada incierta de loco tropezó con la de ella. Aquellos ojos azules, siempre llenos de dulce placidez, se le antojó que al mirarle reprochaban la acción que iba á cometer.

Tuvo miedo, y huyó con los ojos cerrados.

❖

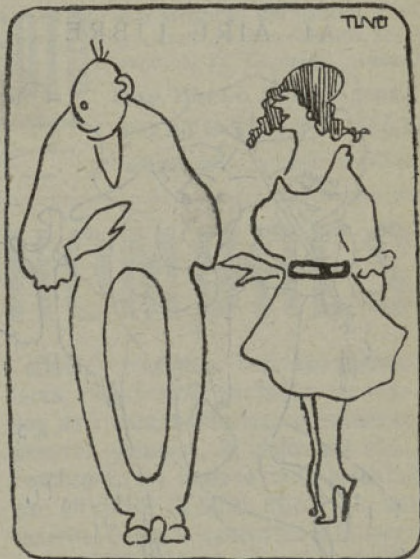
Llegó á su casa tambaleándose, con el alma rota, borracho de dolor.

Se dejó caer de bruces en la cama, y allí lloró largamente.

Desde entonces, vaga solo, callado, silencioso, como una sombra, enloquecido por la visión de unos ojos azules, tranquilos como las aguas de un jardín abandonado.

MANUEL J. GARRIDO.

DE LA VIDA



—Has rechazado a Juan porque tenía el pelo rubio; á don José, porque tenía el pelo gris; y como yo no quiero contrariarte...

—¡Qué bueno eres!

—... te he buscado un protector que no tiene nada de nada.

SONETO GALANTE

Vos, que os halláis, señora, en el crepúsculo,
ese bello crepúsculo doliente
que borra los ensueños de la frente
como un dedo infantil, blando y minúsculo;

vos, que os halláis en esa edad serena
que es un adiós y es una despedida,
en la que veis partir con honda pena
to las más dulces cosas de la vida,

ante mi bella juventud ardiente,
volvéis de pechar la frente
(vos, que sufristeis tantos desengaños).

mientras me miran vuestros ojos llenos
de un alba dulce, y tiemblan vuestros senos
como temblaban á los veinte años.

SALVADOR VALVERDE.

El cantar de los cantares

Para Prudencio Iglesias Hermida.

GOCE supremo es el goce de la mujer; ese minuto solemne, nómvil, triunfalmente trágico, en que la vida, olvidándose del instinto de conservación, bebe la muerte en

AL AIRE LIBRE



—¿Y tu marido se ha enterado de ese anónimo?

—No; pero todos los anónimos son igualmente estúpidos: «Te engaña tu amante»...

—Claro; y tú no sabes cuál...

unos labios y rima el salmo glorioso de la carne.

Goce supremo, compendio de todos los goces y razón de la vida misma, bicha fuego para abrasarse en el altar de la pasión, como una lámpara encendida en holocausto á la voluptuosidad.

Dejemos aparte todas las frías a-

zones de los corazones muertos, de las flores marchitas, y pensemos que en la roja batalla del amor el bien sumo es sentir el roce de la carne celeste, que se hizo fuego, ansias, deseos y lujuria; que unos labios sangrientos, ofreciéndose tentadores, tienen la virtud mágica de hacernos grandes, como dioses, sacándonos de la misera condición de mortales...

Desde que el rey israelita compuso «El cantar de los cantares», ese himno del amor que hace vivir al alma con una orgia loca, donde la vida ardiente brilla en su máximo esplendor, a-bemos que bajo la lengua de las mujeres hay miel y leche, y que es su nombre óleo derramado.

Y mientras la aurora magna de la juventud derrama sus rayos en haces de fuego sobre nuestras venas, hagamos de nuestras vidas magnificas inquietudes, vigorosas vibraciones de nervios, en vértigos de embriagueces...

Que sobre nuestra carne apasionada y loca circule el divino flúido de las caricias, haciéndose perfume y rocío que arome y bañe nuestros ensueños.

Que al calor de nuestros besos estalle la rosa de la carne femenina como un rosal que reventara en colores y fragancias al beso de una aurora magnífica y solemne.

Hagamos de nuestra vida una fiesta pagana, donde el vino, la poesía y el amor pongan alegría, luz y voluptuosidad en nuestro espíritu, en nuestros ojos y en nuestras carnes.

La juventud es bandera, incendio, saeta de oro que silba en una roja batalla, y en nuestra inquietud, toda sensación, es una necesidad... Y la sensación vibra en el amor y en la muerte—«hermanos gemelos», y el amor y la muerte viven en la mujer.

Dentro de sus senos—«palacios gemelos donde habitan amor y voluptuosidad»—corre el deleite como un manantial...

En el fulgor de sus ojos, florece el beso de la muerte.

Y la vida es una genuflexión ante la belleza...

CONDE TIRO GABIRO.

Invitación al baile.

Dame tu cuerpo flexible
de misteriosa agarena,
que es un ensueño imposible,
hecho realidad tangible
sobre tu carne morena.

Para alumbrar tus primores
muéstrame en cada pupila
el sol á cuyos fulgores
brotan las bermejas flores
de tu mantón de Manila.

Mueve con leve temblor
tu linda boca de flor,
que es panal de rica miel,
y corola de clavel
de la mata del amor.

Así te quiero: lozana,
con la fresca lozania
de la mujer sevillana,
que, entre donaires, desgrana
las perlas de la alegría.

Así, fragante y ligera
cual brisa de Primavera
perfumada en una rosa,
v cual frágil mariposa
en mis matos prisionera.

Así, loca de emoción
y envuelta en ese mantón
bajo cuya seda grana
toca á gloria la campana
de tu alegre corazón.

Así, llena de hermosura
y quebrando tu cintura,
de trazo altanero y noble,
en la gentil donosura
de un gallardo pasodoble.

Sigue, que el baile me embriaga
en mi memoria se apaga
la desdicha del pasado,
y por mi espíritu vaga
la silueta del pecado.

Mece las curvas sensuales
y armoniosas con que alegras
mis horas sentimentales,
y clava en mí los puñales
de tus dos pupilas negras.

Abandona el tallo, preso
en la cárcel de mi brazo,
y en un amoroso exceso

prende en mi boca el chispazo
dulce y ardiente de un beso.

Y deja que cante -- ría
y que no pierse en mi pena,
porque quiero, hermosa mía,
morir loco de alegría
junto á tu carne morena.

GONZÁLEZ DE ZAVALA.

FOTO

grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos, sellos españoles. D. Leonard, sucesor.

Rua Barao Sao Cosme,
OPORTO (PORTUGAL)

(Franquear sobre con sello de 10 cts.)

HOMBRES

Faltos de energías, nerviosos, melancólicos, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesados, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Agentes exclusivos en Suramérica,

MASIP Y COMPAÑÍA

REBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Establecimiento tipográfico de «El Liberal».

Viuda de José Lerín

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

LAS GRANDES OBRAS ERÓTICAS

COLECCION UNICA, A UNA PESETA EL TOMO

Las mejores y más atrevidas historias galantes de la antigüedad, recopiladas de los documentos originales, por Diego Quijano.

Las grandes orgias del sensualismo, estudio histórico, por Jean Pourget.

Cómo caen las mujeres, episodios de la vida real recopilados por J. Lozano Cibeira.

Cada tomo con artística cubierta á todo color. Pídase en todas las librerías y kioscos, y á la editorial Dep, Córcega, 299, Barcelona, que las remite franco de porte, contra envío de su valor en sellos ó giro postal.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados.)—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 p^ginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por *cinco* pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por *cinco* francos ó *un* dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjase *únicamente* á *Antonio Ros, librero, Jocometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas.—Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. • Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por *cinco* pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por *cinco* francos ó *un* dollar. Los pedidos con su importe, diríjase *únicamente* á *Antonio Ros, librero, Jocometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—*Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos* á los señores librereros y corresponsales de España y América.

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS

HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
" Memorias, etc., etc. "

Marqués de Cubas, 7.-Madrid